

De que mi patria amada testigo mudo fué,
Mostrándonos, brillante, su fiel ejecutoria
Que vivos mantendremos, por siempre, en la memoria,
Sus héroes legendarios, el triunfo de su fe.

¡Surgid, pálidas sombras de mártires gloriosos,
Que visteis vuestra sangre verter sin compasión,
Aún palmas os ofrecen los campos más hermosos,
Aún hay quien os recuerda, cristianos y piadosos,
Y á vuestros nombres fúlgidos consagra una oración.

Resucitad, colosos y rayos de la guerra,
Que estrechas esas tumbas á vuestra prez serán,
Que es pobre y es mezquina la deleznable tierra
Que ha siglos que los restos con avaricia encierra
De aquellos que en mi Córdoba jamás se olvidarán.

Recuerdos no extinguidos, gratisimas memorias
Que de la patria mía conserva el corazón,
Haced que resuciten sus inmortales glorias,
Contadme, á todas horas, mil bélicas historias,
Los hechos de sus héroes del mundo admiración.

Decidme qué nos cuenta la espléndida morada,
Que fué mansión, un día, de estirpe señorial,
Y qué los torreones, y la fulmínea espada,
Con sangre de los árabes teñida y bien templada
Que duerme en la panoplia con sueño sepulcral.

.....

En misterioso asilo, gallardo se levanta
Como un emblema santo de caridad y amor,
Un templo bendecido, que llaman la Fuensanta,
En donde está la Virgen divina y sacrosanta;
En la que pone el pueblo su amparo y su fervor.

La Virgen milagrosa, del pecador egida,

Á la que mis primeros amores consagré,
La que mantiene puras las fuentes de la vida,
Aquella que á los tristes con éxtasis convida,
La que nos da esperanzas, resignación y fe.

.....

No se oye en tu recinto el eco fragoroso
De la moderna industria que clama en tu favor,
Que el humo de tus fábricas disipa vagoroso,
El perfumado ambiente que baja silencioso
Desde la cumbre altísima del más risueño alcor.

En cambio te dan besos las brisas más suaves,
Esencias esas flores que esmaltan tu pensil,
Y música las fuentes, y las canoras aves,
Y el viento que en los pinos modula notas graves
Y alfombras de colores el perfumado Abril.

El corvo arado sangra las venas de la tierra
Que lleva ópimos frutos, más tarde, al labrador,
Con el tesoro oculto que en su interior encierra,
Tesoro que hoy no extingue la saña de la guerra,
Y que la paz bendice con himnos del amor.

¿Qué importan tus desgracias si el ánimo esforzado
De tus amantes hijas valor te infundirá?
Del siglo los progresos te llaman á su lado,
Y como nuevo Lázaro tu brillo y tu pasado
Resucitar mañana con esplendor podrá.

¡Oh, Córdoba, querida ciudad de mis amores
Donde por vez primera yo ví la luz del sol,
Dios quiera que la suerte te colme de favores
Y duerma el sueño eterno bajo tus frescas flores
En el rincón más bello del ámbito español!

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGAS.

CAMINO DEL INFIERNO

(PENSAMIENTO DE BAUDELAIRE.)

El joyel diamantino en el sombrero,
La espada al cinto, el cuello de oro y blondas,
Surca don Juan gallardo y altanero,
En fúnebre bajel las negras ondas.

—

Mujeres, peregrinas hermosuras,
De ojos de luz y formas nacaradas,
Abiertas las flotantes vestiduras,
Detrás del seductor, gimen airadas.

—

Su padre, ensangrentada la mejilla,
A la legión terrible y clamorosa
De los muertos que vaga por la orilla,
Muestra al hijo con mano temblorosa.

La dulce Elvira triste y demacrada,
Oculto el rostro con las trenzas de oro,
Al lado de su amante va sentada,
Vertiendo silenciosa amargo lloro.

—

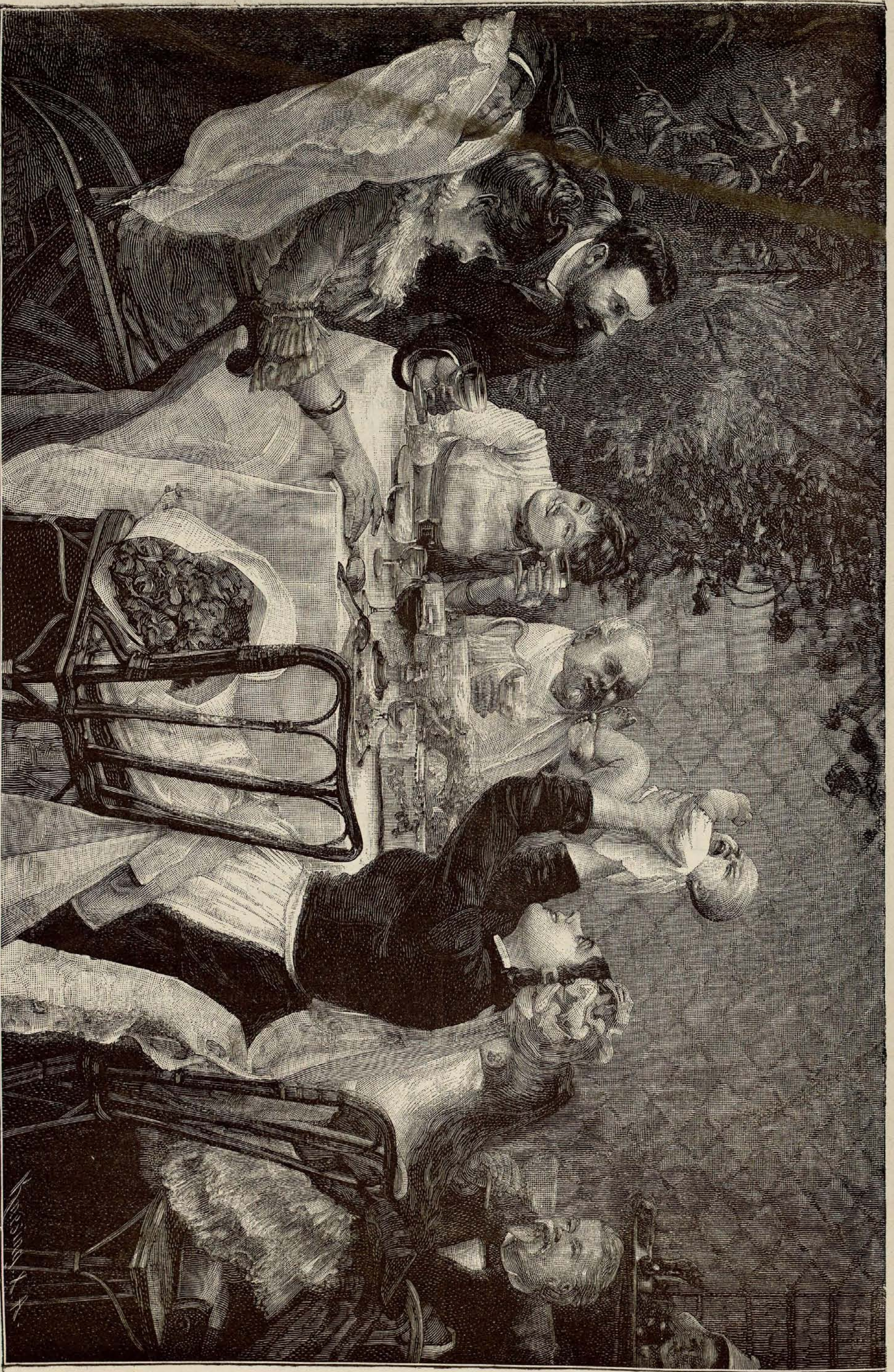
Y en el timón la mano poderosa
Una estatua de mármol, impasible,
Traza, cortando el agua tenebrosa,
De los infiernos el camino horrible.

—

Mientras don Juan tranquilo, indiferente
A tantas desventuras y dolores,
Los ojos clava en la fatal corriente
Y lanza al viento una canción de amores.

MANUEL REINA.

BELLAS ARTES.—«LA COMIDA DE BAPTIZO.»—Cuadro de H. Brisspot, según fotografía de Ad. Braun y Compañía de París.



LA NOVELA DE LOS CELOS

I.

INFANTILES.



No hay belleza más interesante que la que iluminan los últimos suaves fulgores de la infancia y santifica el aliento perfumado de la inocencia.

Así era la belleza de Lola cuando cumplía los doce años. Era aquel día un alegre día de fiesta en la familia, que se celebraba bajo la dulce influencia que ejerce en el corazón de los padres el amor de una hija única.

Lola tenía ya entonces su gabinete de tocador, con armario de luna, donde guardaba sus galas, y lavabo de mármol con ovalado espejo y frascos de

pomadas y esencias que cubría un pabellón de hilo y seda, blanco y azul celeste, recogido graciosamente por dos lazos, hechos y colocados allí con todo el esmero de que es capaz el amor de madre.

Aquel día la madre había servido de doncella, y de tales manos la hermosura de Lola había salido, por decirlo así, *hermoseada*. Que una madre artista haga el retrato de su hija, y veréis cómo los encantos del original ganan en el lienzo.

La naturaleza y el arte habían triunfado juntos. En los adornos que acompañaban á la blanca túnica que vestía Lola, ni una cinta, ni una flor que no estuviera en armonía con aquellas espléndidas trenzas de cabellos rubios, con aquellos ojos que desafiaban á la luz porque también la luz nacía de ellos, con aquella frente y aquellas mejillas y aquella garganta en que la nieve y las rosas pudieran verse pudorosa y poderosamente competidas.

Cuando Lola se presentó, apoyada indolentemente en el brazo de su madre, ante el padre, los parientes y los amigos

que esperaban en la sala, todos creyeron á aquella niña una aparición celeste que venía á celebrar el día con promesas de gloria.

Sin salir de su asombro, los menos interesados de aquella reunión familiar rompieron en un alegre y entusiasta aplauso, que la niña recibió escondiendo el encendido semblante en el regazo materno. Parecía una *diva* nueva y glorificada en noche de beneficio.

El rubor que iluminaba su frente le daba el aspecto de un ángel sobrecogido por el rumor de las alabanzas de la tierra. Y aquel ángel guardaba, sin embargo, en su corazón los gérmenes terribles de un verdadero infierno.

Si en medio de los esplendores de aquel día solemne hubiera llegado á verla y adivinarla el poeta inglés famoso, con cuánta razón pudiera haber dicho de ella: «¡Lástima que esta niña llegue á ser mujer!»



En aquella fiesta familiar había también un hermoso adolescente, compañero de la alegre infancia de Lola, hijo de un íntimo amigo del padre de la festejada en su cumpleaños, de la que, burlando, le hacían *novio* todos los bromistas, *Galeotos* de la burla familiar y amistades adyacentes, que se habían divertido mucho con los juegos de los dos preciosos niños.

Carlos tenía dos años más que Lola, y á pesar de las diferencias de sexo y de los roces peligrosos de su vida de estudiante, el candor de la niñez acompañaba á todas las impresiones de su vigorosa adolescencia. La vigilancia, jamás impertinente, del amor maternal, había contenido los primeros temerosos movimientos de la edad y estimulado á la formación de aquel carácter dulce y naturalmente simpático, que se reflejaba en las líneas de su rostro varonil y agraciado, y en la abierta y franca mirada de sus hermosos ojos negros.

Allí estaba él, casi tan ruborizado como Lola, al felicitar á ésta entre las graciosas ocurrencias de los que, más por costumbre que por buena intención, se empeñaban en que siguiesen jugando á *maridito* y *mujer* como allá en los primeros años en que la casa era el centro alegre de las expansiones de todos los niños y niñas de las familias unidas.

Aquellas lisonjeras bromas tan en público contrariaban un poco á Carlos como á Lola, que veían en ellas algo mor-

tificante, porque no creían que era justo tratarlos *todavía* como á niños.

Pero en medio de todo, é inconscientemente, el *Galeoto* familiar se iba saliendo con la suya, y estimulados por un tanto de inclinación instintiva y por algo de la fuerza de la costumbre de oírse llamar *novios*, los adolescentes seguían á ratos, y sin darse cuenta de ello, el juego de los niños.

El verdadero amor se reservaba para su tiempo. Las ramas del rosal verdeaban á los tímidos primeros fulgores del sol de primavera; pero las rosadas caritas de los capullos no asomaban todavía, rompiendo las verdes y afelpadas caperuzas.

Las genialidades de la infancia seguían dominando expansivamente en las relaciones de aquellos dos seres interesantes, niños desarrollados, pero niños.

Los caracteres de ambos se revelaban ya en la forma y en el fondo; ligero y un tanto arrebatado el de Lola, reflexivo y demasiado serio para la edad el de Carlos. Y para notar esas diferencias, hubiera bastado seguirlos atentamente en sus movimientos por el jardín de la casa, en aquel mismo día memorable y en alegre compañía de muchachos y muchachas de su edad.

El ascendiente de ambos, la autoridad, por decirlo así, que ejercían en los alborotados chicos que formaban graciosas ruedas ó se dispersaban hollando el musgo y escalando los árboles, obligaba á sus compañeros á considerarlos como jefes indiscutibles del movimiento juvenil, y sus indicaciones eran órdenes que acataban para tomar un juego por otro ó dejarlos todos, según el humor y las impresiones, tan variables en la hermosa Lolilla, que la risa y el llanto pendían en ella de un volante bien devuelto ó de la inesperada fuga de una mariposa que ya creía entre sus manos.



Aquella tarde, casi á la caída de aquel sol de Abril que había iluminado el aniversario duodécimo del natalicio de María de los Dolores, se habían agotado todos los recursos de niñas y niños para sus variados juegos, sin que la fatiga los rindiese ni echasen de ver siquiera la rapidez con que habían transcurrido las alegres horas. Todavía pensaba Carlos en proponer algo nuevo que fuera el encanto de los más infatigables.

Pendientes estaban todos de la idea que había de salir de aquella cabeza preciosa que se inclinaba dulcemente, mostrando en los labios una maliciosa sonrisa, como desafiando á la penetración de los más impacientes.

La inocente coquetería de una atrevida compañera de colegio de Lola dió al traste con las cavilaciones de Carlos, con la expectación curiosa de los muchachos que le observaban y con todos los proyectos de nuevas y alegres expansiones.

Aquella niña había aprovechado el ligero descanso para ir haciendo un ramito de violetas, que concluyó por atar con una cinta azul, formando un lazo tan diabólico como el que une en nombre de Dios los destinos de algunos corazones.

La niña se adelantó gentil, graciosa y resuelta hacia donde estaba Carlos tan preocupado, colocóle habilísimamente en

la solapa izquierda de la chaquetilla el ramito de flores, y haciéndole una cómica reverencia se retiró palmoteando, satisfecha de su obra ante la turbación de su condecorado caballero y entre las risas de las compañeras que habían observado el juego.

La única que no reía era Lola. Veía en aquel arranque de su compañera, más el deseo de mortificarla que el de honrar con una distinción al niño mimado por superior en edad y gobierno en aquellas horas de franca alegría. La actitud de Carlos, que en su turbación miraba y remiraba como un bobo el ramito, sin reparar en que su aroma se le había subido á Lolilla á la cabeza, acabó de exasperar á la del cumpleaños.

Esta se hallaba acostumbrada á no partir con nadie agasajos ni juguetes, y en aquel momento le pareció como que inopinadamente surgía una hermana que le arrebatara una parte de sus derechos.

La niña de las violetas era para ella una envidiosa, y Carlos, el *maridito* de antaño, un cómplice pasivo que se gozaba en acariciar con la vista y el olfato el cuerpo del delito.

El ramo, arrancado por mano airada, aunque pequeña y suave, del pecho del inocente, fué rodando á parar á los pies de la atrevida autora del atentado.

El genial arranque de Lola tuvo su éxito. Los niños dan también su valor al juego del noviazgo, y aquel brusco final de todos los juegos de la tarde fué acompañado de risas estrepitosas.

Dispersáronse los turbulentos niños, y con ellos dejó también la casa, avergonzado y pesaroso sin culpa, el pobre Carlos, mientras Lola, deshecha en lágrimas, como antaño al ver descabezada su muñeca más linda, se refugiaba en los brazos de su madre.

Pero aquella noche durmió al fin con la misma tranquilidad que en las más apacibles de sus primeros años, sin preocuparse de que alguien pudiera recordarle aquellos *celos infantiles*, como una acusación en horas más solemnes de su vida.

II.

LOS DEL AMOR.

La niña era ya mujer. Había realizado hacía tiempo uno de los sueños más hermosos de todas las niñas. Muchas veces, con pretexto del carnaval, había ensayado ya la realización de aquel sueño, luciendo traje de larga cola, como dama de la corte de los enamorados Luises de Francia, con su graciosa peluca gris, su gargantilla de perlas y su abanico de plumas, y la Vallière y la Pompadour hubieran envidiado la gracia y la gentileza con que Lolilla recordaba los mejores tiempos de la galantería.

Pero *ya* lucía el vestido largo por derecho propio, por privilegio de la edad, de cuya tristeza no puede darse cuenta la mujer hasta que, pasadas las alegres horas del baile, las espléndidas noches del teatro, las tardes serenas del paseo, las venturosas citas del amor, se encuentra con las preocupaciones y serias responsabilidades de la *mujer de su casa*, auto final de todas las vanidades é ilusiones femeniles.



MADemoisELLE DEPOIX,
ARTISTA DEL TEATRO DEL GYMNASSE, DE PARÍS.

La belleza de Lola se había modificado, pero no había perdido. El oro de sus cabellos se iba ocultando avaramente bajo tonos oscuros, y las trenzas, que antes caían sueltas por la espalda, levantábanse á formar una corona en que, con los movimientos de la gentil cabeza, se descubrían algunos destellos de aquel precioso metal bruñido.

En sus ojos rasgados era la luz más intensa; pero velada á veces por no sé qué tinte de melancolía que jamás aparece en la mirada de la mujer que no lleva dentro de sí las ansias de un sentimiento á todas horas acariciado, entre temores y esperanzas.

En lo que más seguía pareciéndose á la niña era en los movimientos de su voluntad virgen, y aun á solas, delante del tocador ó delante del piano, no podía contener los impulsos de ideas á veces encontradas.

Era curioso espectáculo el que ofrecía ante la luna del espejo, enojándose con su propia imagen, abandonando la compostura de un rizo para deshacerse un lazo; ó en el piano, pasando con rapidez extraña de los compases de un vals alegre á las notas melancólicas de la más suave melodía.

El sonido de un timbre, el ruido de un carruaje, le hacían abandonar el piano ó el tocador para ir á asomarse al balcón ó á atisbar tras de la puerta del pasillo, ansiosa de sorprender una aparición deseada.

Cada burla de aquel deseo íntimo la afectaba tan hondamente, que ni el piano, ni el tocador, ni el libro curioso, ni la anunciada ópera, ni el esperado baile, eran bastante á distraerla del sentimiento sincero y á dulcificar la amargura de sus lágrimas. Y no las vertía ya en el regazo de su madre, de quien más bien procuraba ocultarlas, porque no se trataba ya de muñecas rotas ni de ramitos hechos por la infantil envidia, y el entrañable afecto de su corazón hacía avaro de las tristezas como de las alegrías en que vivía envuelto.

¡Qué poema tan vulgar, pero qué poema tan hermoso el de los movimientos íntimos del corazón de una mujer de diez y ocho años!

Y ¡qué satisfacción la de Lola cuando, en uno de esos movimientos, en que á sí misma se sorprendía contemplándose al espejo ó traduciendo la poesía musical de Rossini, lograba que el deseo se realizase con la aparición de sus esperanzas de todos los días y de todas las horas!



Esta vez, no cabe duda, se ha apeado del coche que paró á la puerta; sube precipitadamente la escalera, toca el timbre y, un minuto después, sus manos estrechan tiernamente las de Lola.

Es el mismo, el mismísimo Carlos. El adolescente está hecho todo un hombre, y el estudiante casi todo un jurisconsulto; notable en gallardía juvenil y sobresaliente *in utroque jure*.

Con tales notas, la creciente atractiva dulzura de su carácter y aquellos hermosos ojos que se miraban en los de Lola, no era de extrañar que el juego caprichoso de los niños se hubiera convertido en vivo y hondo sentimiento de los jóvenes.

Arroyos nacidos de dos vecinos manantiales, habían co-

rrido por la florida campiña, evitando troncos y esquivando pedregales, tocándose casi en su curso bullicioso, riéndose de sus locos arrebatos y de sus graciosos murmullos, esperando el momento feliz de confundirse en el camino, como co-tributarios del gran río de la vida.

¿Llegarían al mar juntos? ¿Quién había de oponerse? Los padres estaban ya acostumbrados á la lisonjera idea de que la unión santa de aquellos muchachos fuese como la consagración de la amistad vieja y fraternal de ambas familias. Los íntimos *Galeotos* habían ya enmudecido, y así, como satisfechos de sus bromas pasadas, convertidas en felices pronósticos, se reducían á mutuas guiñaduras de ojo, como diciéndose: «¡Eh! ¿qué tal? la cosa prospera.... ¡Cuando nosotros decíamos!»

Lola y Carlos sorprendían alguna vez aquellas mudas alusiones maliciosas, y lo que ayer, hablado á gritos y entre risas, no les hacía efecto, inarticulado ahora y con reserva, los sobrecogía y encendía de rubor; sin que resultaran menos vivos los colores del aprovechado estudiante que los de su adorada.

Y en medio de todo, ¿qué cosas se decían aquellos dos inocentes corazones, que se hallaban en un salón, á solas, de una manera imprevista, por la fuerza única y amorosa de la atracción, no de los cuerpos, de que habla Eugenio Nus, sino de las almas, de que hablan los artistas, los poetas y hasta los santos?

Pues lo que se decían eran tontadas para todos menos para ellos. Porque los amantes ven cosas graves en el color del vestido que *ella* elige, ó en los dos únicos minutos que *él* ha tardado en presentarse á decirle lo de todos los días.

¿Juramentos? ¿Para qué, si todo se lo tenían ya jurado? Pero aquello de los minutos de tardanza, era siempre el principio de las obligadas, dulces reconvenções de Lola. En el fondo confiaba ciegamente en Carlos; pero, quizás por temperamento, necesitaba ella un poquito de lucha, y hacía como que no daba fe á las disculpas francas y sinceras del estudiante, que había prolongado un poco el repaso con el compañero, ó había sido retenido por el catedrático, ó había meditado sobre los próximos ejercicios de la Licenciatura.

¡La Licenciatura! He ahí una cosa en que Lola no pensaba, y, sin embargo, podía, debía ser el término dichoso de sus amores. Ni con su madre había hablado nunca *del fin*, divertida, preocupada sólo con aquel hermoso medio ambiente en que su vida se deslizaba.

Amar y atormentarse alguna vez con su mismo amor; ese era el ideal de su existencia. Y el tormento nacía siempre de la misma intensidad del cariño, no de la falta de fe en quien lo inspiraba.



El verdadero sentimiento desnaturalizaba á veces el carácter voluptuoso y un tanto irascible en que su educación de hija única y rica había influido tanto.

La noche más triste de su vida de amores con Carlos, debía tener cierta relación con la tarde más llorada de sus expansiones infantiles.

Se hallaba admirablemente prendida y prodigiosamente bella en uno de esos salones en que la aristocracia se da cita

para celebrar fiestas en que, según los revisteros, la música es una ocasión de intrigantes y el baile un pretexto de gastronómicos.

El salón estaba literalmente lleno de la que, en letras de molde, se distingue todos los días con el título de *buena sociedad*, aunque algunas veces, ó por complacencias de la cortesía ó por indisculpable adulación al *Dios éxito*, abriga cariñosamente á señoras de dudosa conducta y á caballeros que bien merecían un *alias* y la vigilancia de la autoridad, como los *timadores* de oficio.

El salón estaba lleno y, en medio de tanta y tan bulliciosa concurrencia, nuestra heroína se juzgaba sola. Ni las atenciones cariñosas de su madre, ni los finos obsequios de la dueña de la casa, ni la admiración envidiosa de las damas, ni los requiebros de los galanes que la requerían para el baile, lograban distraerla. Sus miradas estaban fijas, siempre fijas en la puerta del salón.

Por fin apareció en aquella puerta un hombre; su único sueño, Carlos. Y valiera más que no hubiera aparecido. Porque el presunto letrado entraba en el salón dando galantemente el brazo á una hermosura deslumbradora, americana por su aire de indolente y la cadencia de su acento. Aparecían detrás una señora y un caballero, que debían de ser los padres.

Aquella aparición tardía y con acompañamiento, no estaba consignada en el programa íntimo de los dos amantes.

Era un número improvisado por la fatal casualidad á *última hora*, por la circunstancia, fatal también, del inesperado empeño del padre de Carlos, antiguo amigo de aquella familia cubana, recién llegada á la Península. Aunque contrariado, Carlos, fiel cumplidor de todas las leyes de la cortesía, obedecía á su padre presentando galantemente en el gran mundo á la preciosa criolla, *stella matutina* del espléndido cielo antillano.

Sin eclipsar á Lola, ésta se sintió herida por la aparición de aquella estrella, no más que por la conjunción con su adorado lucero. De otro modo hubiera pasado para ella desapercibida en el cielo de aquella noche triste.

Todas las explicaciones ingenuas del pobre Carlos sobre aquel caso imprevisto fueron inútiles. ¡Vaya usted á convencer con razones á la sinrazón de un afecto que reina despóticamente en un corazón tan ciegamente enamorado!

Aunque con toda la pena de su alma, Carlos cumplió su deber de caballero, representando dignamente á su padre, á quien compromisos de hombre político alejaban de aquellos salones.

En honor del sufrimiento egoísta del verdadero amor de Lola, debo declarar que ésta no hizo ni un *desplante* que pudiera afectar á Carlos. Ni siquiera aceptó una de las mil invitaciones, para darle en cara, frente á frente, con un galán que la vengara de las obligadas preferencias.

Sonriendo, pretextó á su madre una indisposición ligera por el calor de la sala, con lo cual abandonó á su adorado en brazos de la criolla y en el vértigo de un vals, que no había de tener las consecuencias de aquel otro que en su *Amaury* nos pinta el célebre Dumas.

Lola se abrazó desesperadamente á su dolor injusto para espantar al sueño, enemigo declarado de los celos del amor, que son los más hondos, los más tristes, los más dados al desvelador monólogo dramático.

¡Cuánto habló y lloró á solas en aquella larga noche, viendo dibujarse en las cortinas de su lecho, abandonada en los fuertes brazos de Carlos, la figura ligera, cuanto odiosa, de la dulce cubanita!

III.

LOS DEL AMOR PROPIO.

Bien puede decirse que las tristes impresiones de aquella noche memorable se reflejaron en el rostro de Lola hasta algunos meses después de ser Carlos abogado y casi padre de la patria.

Y digo casi padre de la patria, porque la figura política del padre de Carlos era de tal importancia en su partido, que daba desde luego al hijo seguro derecho á uno de los muchos distritos de que dispone la gran máquina electoral de nuestros gobiernos.

La *yernocracia*, triunfadora hoy en los comicios, no podía ser de mejor condición ni dueña de mayores privilegios que la *fliocracia*.

Verdad es que Carlos que, apenas se case, será ya todo un *hombre de estado*, no necesita ser hijo de su padre para lograr una posición que su clarísimo talento y el éxito de sus estudios le conquistan desde luego. Así la merecieran como él todos los que la gozan por herencia anticipada ó por audacia ingénita.

Ello es que nos encontramos en plena preparación de la vida conyugal, con *toma de dichos* y todo, á cuyo acto solemne han asistido los íntimos de ambas familias, incluyendo, aunque ustedes lo vean extraño, á Belén, aquella linda criolla que tanto dió que hablar y *no dormir* á la heroína de nuestro escrúpulo de novela.

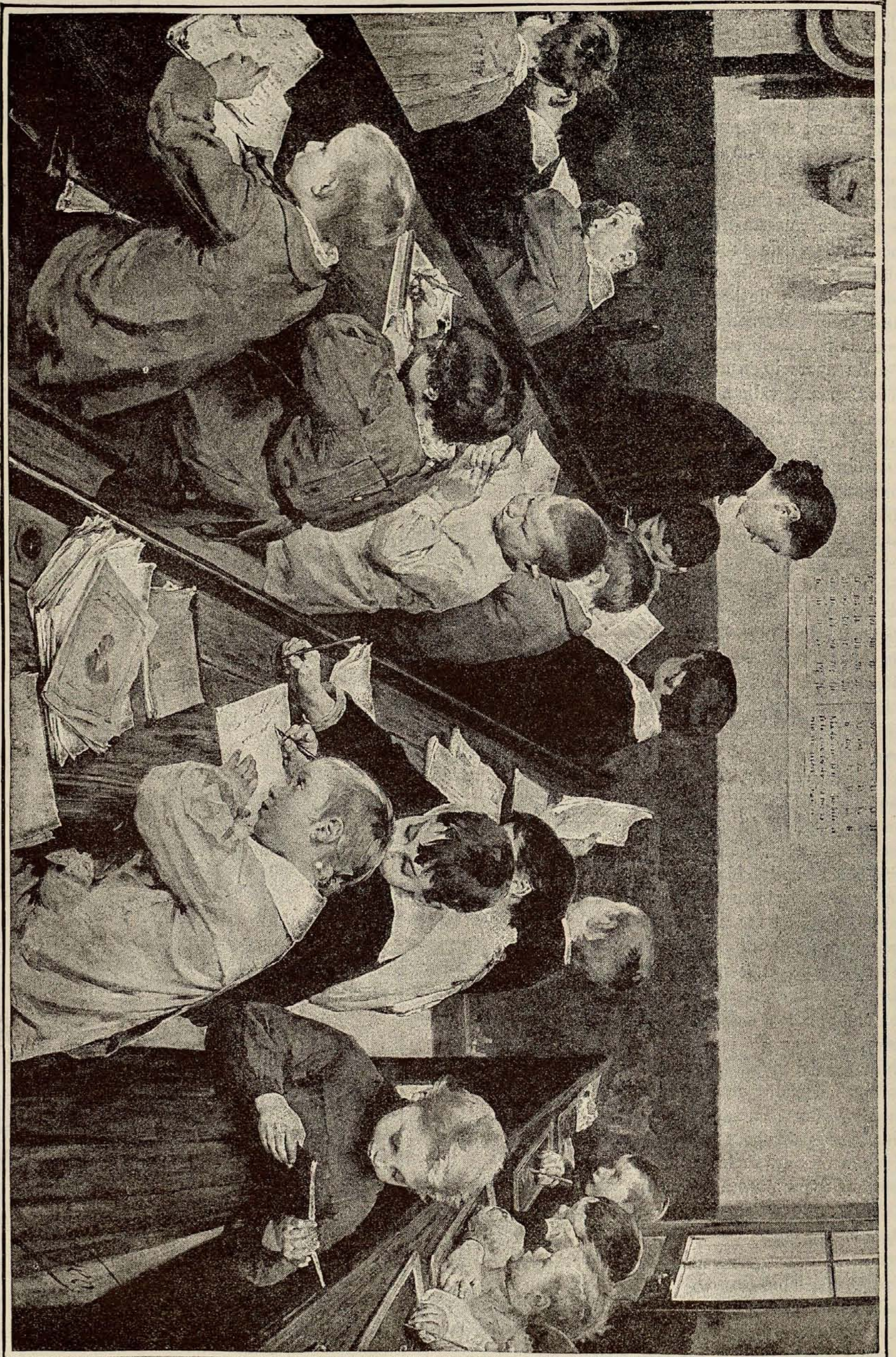
En la solemne ceremonia de *los dichos*, todavía le punzaba el recuerdo á Lola, porque del *dicho* al *hecho* mediaba todo el trecho de sus celosas preocupaciones, á pesar de la infantil é ingenua simpatía de la cubana.

Pero *el hecho* vino pronto. Y cuando, oída ya, casi como quien oye llover, la nunca bastante comentada epístola de San Pablo, se presentó Lola á recibir parabienes con la oliente corona de azahar sobre el cabello, que aún no pasaba de castaño obscuro, apoyábase en el brazo del esposo con la arrogancia de la posesión exclusiva, como desafiando á todas las americanas que los cuatro vientos pudieran traer contra ella *del otro mundo*.

Y pronto vamos á ver hasta dónde había de llegar la trascendencia de aquel desafío inocente, cuando ni americanas ni peninsulares influyesen en los acontecimientos ni en las circunstancias de la vida de Lola.

Todo marchó á las mil maravillas mientras la luna de miel presidió luminosa y dulcemente los días y las noches fugaces de los jóvenes esposos. ¡Qué dolor! Aunque parezca una crueldad á primera vista, yo suprimiría esa luna del sonriente cielo de la vida conyugal, porque no hay amor humano que evite el *cuarto menguante*, ni á veces, la pena de quedarse completamente á oscuras.

Estas transiciones violentas son de un efecto desastroso



LA ESCUELA DE PRIMERAS LETRAS.

Cuadro de Geoffroy.

y traen unas consecuencias lamentables. Nada; cielo sereno y manto azul y estrellitas en toda la extensión del manto, sin faltar Júpiter espléndido y Venus rutilante. Pero nada de luna, que á veces provoca los ladridos de los perros, turbando el silencio augusto de la noche y el reposo y la calma de los amores castos.

Porque ¿quién ha de dudarle conociendo á Lola? Su viaje de novia rica y mimada fué una serie no interrumpida de íntimos triunfos.

Los cambios de decoración no la importaban. La veriais sonriente y encantada como un niño en función de gran espectáculo, paseando por solitario vallecito de Suiza, oyendo á Carlos descripciones pintorescas de todos los valles célebres del mundo, tarareando ella misma los aires más deliciosos de la *Linda* de aquel valle de Chamounix que hizo famoso Donizetti.

La veriais siempre viva, siempre alegre y dichosa cruzando las bulliciosas calles de Paris, asistiendo á la Grande Ópera, cruzando el Bosque entre la gente privilegiada, visitando museos entre los artistas, contemplando monumentos entre los curiosos.

Carlos estaba con ella en todas partes, y esta era la clave de sus satisfacciones y alegrías. Lo veía todo con los ojos de Carlos; su cuerpo gentil se abandonaba colgado con gracia del brazo del esposo, con esa languidez y esa fatiga depreciosa que simula tan bien el amor con su inocente coquetería.

¡Ah, si aquella vida de dos, siempre en uno, durase como un sueño eterno! Si no llegase traidoramente la prosa de los negocios y de las relaciones sociales á matar aquella poesía renovada, transformada, iluminada un día y otro por el estro fecundo del amor durante los fugaces meses de la luna....

¡Pícara luna! Si fuera tan rica como Lola, no se notaría la *menqua* de sus cuartos. Pero palidece, se borra, huye púdicamente entre las impalpables gasas de los sueños de color de rosa apenas alborea el sol de un día, tantas veces aplazado, que señala la hora de las compensaciones, el momento de los deberes impuestos y de los compromisos contraídos.

El bufete abandonado reclama á Carlos. La voz del padre habla al hijo de los grandes destinos que le esperan. El mismo hijo comprende que se debe á las glorias de su nombre y de su familia.

Y el viaje de novios ha concluído, notándose ya en Lola algo de lo que se descubre á primera vista en el niño que, detrás de las alegres vacaciones, se prepara á volver de nuevo á la clausura del colegio y á las reglamentarias horas del estudio.

Y eso que ella no sabía nada de lo que había de ser el colegio, y quizás no tenía una idea de que á un tiempo podía ser alumna y directora en la vida interior de su casa; alumna, por la superioridad rectoral del esposo; directora, porque ¿qué mujer no lo es, aun en relación con el superior en gobierno, si la cabeza ayuda un poco al corazón á levantar á la esposa hasta donde piadosamente quiso sin duda colocarla San Pablo?

¡Pobre santo, y cuán olvidado ó mal interpretado te tienen los que no te entendieron ó te oyeron como quien oye llover al pie del altar sagrado, al pronunciar aquel *si* fermentado, para el que se necesita más pecho que para el sublime *do* de los más celebrados tenores!

La vida del foro y de la tribuna empezó para Carlos con una serie de triunfos que le dieron una celebridad envidiable.

Envidiable para el que no estuviera en los secretos de su vida íntima; porque aquella celebridad fué la terrible enemiga de su dicha y su reposo.

¿Y sabéis por qué? Pues sencillamente porque Lola era enemiga declarada y á todas horas implacable de la gloria de su marido, en la que veía una rival odiosa.

¿No es verdad que parece inverosímil? ¿No es cierto que toda mujer sencillamente enamorada de su esposo, hace de los triunfos públicos de éste una corona, cuyos destellos la deslumbran acariciándola hasta en su trono del hogar doméstico?

¡Ah! pero Lola no es, desgraciadamente, un ejemplar caprichoso de novela. En ella, como en otros ejemplares de la vida real, preciso es buscar la causa de la inverosimilitud en vicios de la educación, en la pobreza intelectual y en arrosos temerarios de carácter ó de temperamento.

Ello es que Lola, que, en los primeros meses de la vida normal del matrimonio, terminado el idilio selénico del noviazgo, parecía transigir pasivamente con las obligadas ausencias de Carlos; apenas el nombre de éste empezó á preocupar á la opinión pública, se dió, en sus horas de soledad, á forjar en su imaginación armas que poco á poco habían de destruir la paz interior, de que tan necesitado estaba Carlos cuando volvía, vencido ó victorioso, de las inevitables batallas de los partidos políticos.

Los informes ante los tribunales y los discursos en el Parlamento llegaron á ser ya para el esposo una necesidad del espíritu, fatigado y entristecido en la lucha estéril con las perturbaciones celosas de las que siempre veía algo hiriente en todo lo que debía constituir su alegría y su más legítimo orgullo.

Ya no eran los celos de la enamorada, que había ido, evitando á su misma madre, á ocultar su dolor egoísta entre las sombras de una noche entera de insomnio. Más parecía entonces la niña voluntariosa y consentida y soberbia, á quien á todas horas se le antojaban ramitos de violetas puestos por envidiosas enemigas en el pecho del orador triunfante.

Pero aquella niña, ya sin la inocencia; la mujer, casi despojada del amor, casi armada por el odio; con los celos de un amor propio desatentado y ciego.

Ya no traducía ante el piano sus impresiones, porque hasta las armonías musicales la irritaban. Sufría ella; pero, cuando no podía martirizar á su esposo, martirizaba á su madre porque iba á defenderle.

En el matrimonio no hay término medio; no hay más que atracción ó repulsión; y el pobre Carlos llegó á tener que huir de aquel hogar que debió ser su refugio.

No veía Lola su culpa y su castigo en el alejamiento de

Carlos. Veía siempre lo que le pintaba el tenaz empeño de su imaginación enferma. Y en el mundo, sobre todo en la esfera en que ella se agitaba, nunca faltan ociosos vilmente interesados en ayudar á la imaginación extraviada de una mujer hermosa, y con más punzante interés si á su hermosura acompaña la notoriedad gloriosa del marido.

Los celos del amor propio son los únicos dispuestos ciegamente al placer de la venganza. ¡Triste placer que, pasado el delirio, deja forzosamente el remordimiento!

Por providencial fortuna de la misma Lola, Carlos tenía una suegra como merecían su talento, su bondad y su infor-

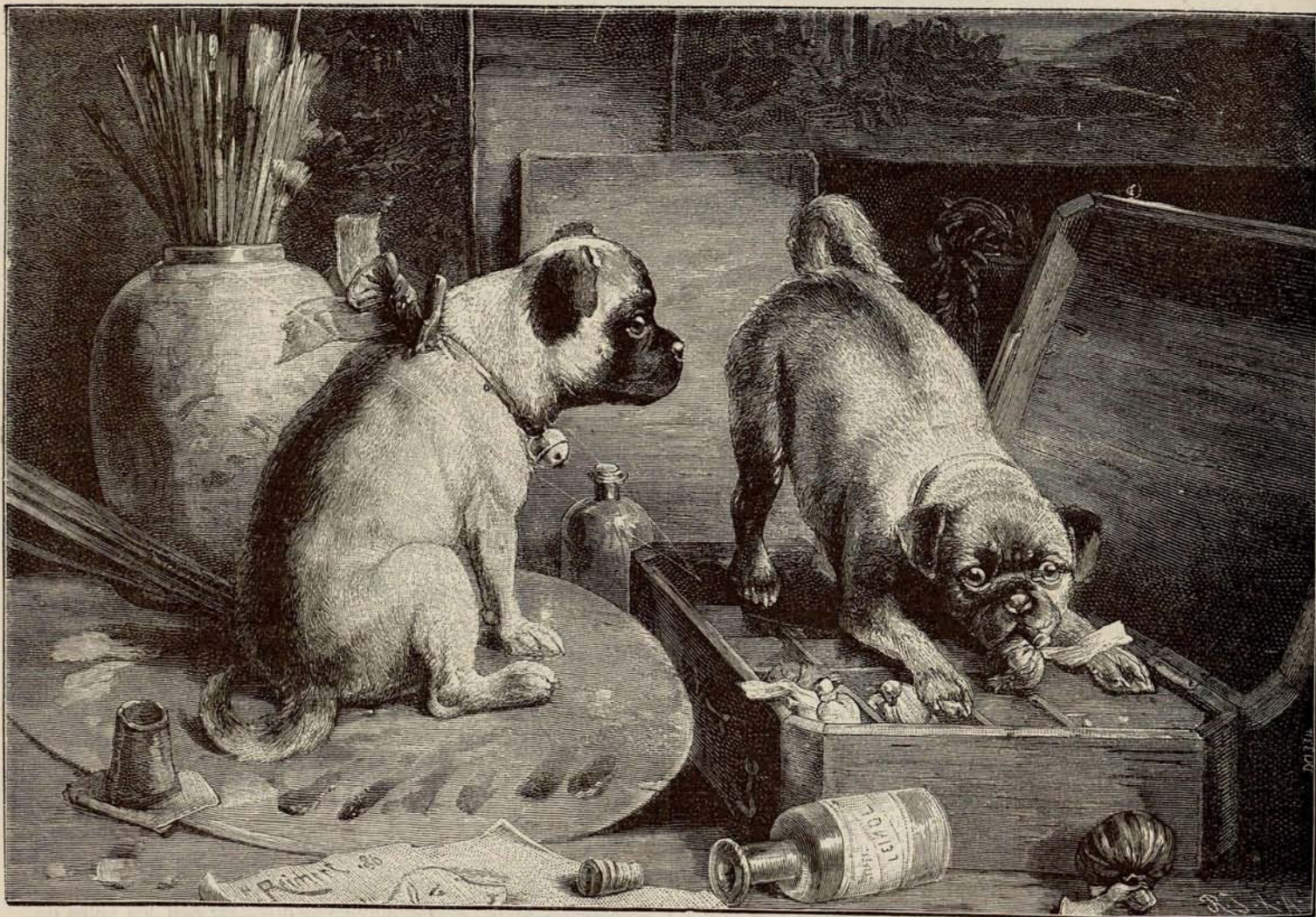
tunio, nunca por él provocado. De esas que desmienten á los poetas satíricos; de esas que desecha el diablo en los infiernos conyugales.

Espantada la madre de Lola ante la situación, no perdía de vista á la hija, y, con exquisito tacto y celo cariñoso, quizás evitó que deshonrase á quien tanto la honraba.

Pero, menos el honor, todo estaba allí definitivamente perdido. Porque, sin la confianza y la paz, ¿de qué sirven en el matrimonio la gloria y el dinero?

EDUARDO BUSTILLO.

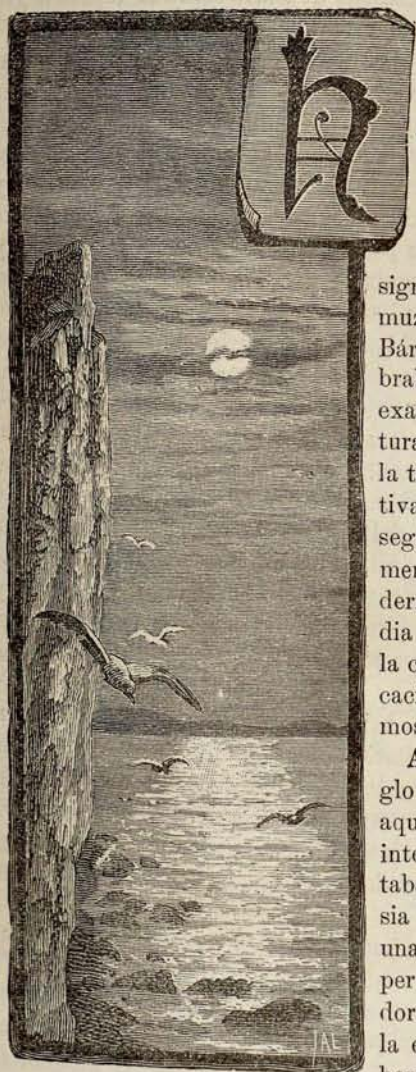
30 de Junio de 1889,



«ESTUDIO DE COLOR.» —POR C. REICHERT.

UN GRADO DE LICENCIADO A LA ANTIGUA

LA CENA



Hay en el claustro de la Catedral vieja de Salamanca, á la parte oriental, dos capillas de notable significación; la del Rito muzárabe y la de Santa Bárbara, donde se celebraba el acto solemne del examen para la Licenciatura: la primera conserva la tradición de la primitiva iglesia española; la segunda enlaza históricamente los tiempos modernos con la Edad Media en lo concerniente á la ciencia, y es la explicación de la antigua famosa Universidad.

A mediados del siglo XII y del fondo de aquellas tinieblas de la inteligencia humana, brotaba en la Catedral ó Iglesia Mayor de Salamanca una luz todavía débil, pero hermosa y consoladora, porque era la luz de la esperanza para el saber: allí se establecieron,

al amparo de la Religión, los primeros *Estudios*, que tiempo adelante habían de ser lumbrera del orbe y gloria impeccedera de España.

La Universidad, ó sea la enseñanza y difusión universal de conocimientos, no fué más que la ampliación de los modestos *Estudios* de la Catedral.

De ahí aquella íntima unión, aquella solidaridad que siempre hubo entre la Catedral y la Universidad; entre la Religión y la ciencia en Salamanca: eran la madre y la hija, unidas por un eterno y santo amor.

De ahí, de esa cordial unión, el afecto y la predilección paternal de los Pontífices por aquella Universidad y sus grandes privilegios: de ahí, como de natural fuente, aquel asombroso claustro de Teología, admiración de los siglos; de ahí el renombre inmenso de Salamanca; de ahí, por último, su glorioso escudo, sello de todos sus diplomas, con un Pontífice enseñando á los doctores y la leyenda: *Omnium scienciarum princeps, Salmantica docet*; Soberana de todas las ciencias, Salamanca enseña.

Esa íntima unión de la Religión y la ciencia se revelaba en dos hechos muy singulares y significativos: el estudiante había de recibir el grado de Licenciado en la Catedral Vieja, en la capilla de Santa Bárbara, y el de Doctor en la Catedral nueva, en la nave lateral izquierda; y el jefe supremo de la Universidad, para todo lo concerniente á la ciencia, había de ser siempre el Cancelario, dignidad del Cabildo catedral, que llevaba agregado á aquel título el bien claramente significativo de Maestrescuela: había sido el primer jefe de los antiguos *Estudios* y conservó su originario cargo en la Universidad.

Los grados de Licenciado y Doctor se diferenciaban esencialmente: el primero era el sacrificio; el segundo, la corona: uno el martirio, otro la gloria.

Hoy no se puede comprender lo que en Salamanca era el rigor de un examen para obtener el grado que habilitaba para el ejercicio de una profesión; la ruda prueba por que se había de pasar; ni es tampoco fácil imaginar siquiera la pompa y magnificencia verdaderamente regias con que se recibía la borla de doctor y se celebraba el advenimiento de un nuevo maestro para la Universidad. Las modernas fiestas Reales no son más que un pálido reflejo de aquella suntuosidad y grandeza: el día del grado, no sólo la Universidad, sino también la ciudad, pertenecían al nuevo doctor: las fiestas eran espléndidas, y una de ellas, con arreglo á los Estatutos universitarios, la corrida de toros en la Plaza Mayor.

Compárense aquellos grados, aquella apoteosis de la cien-

cia con lo que hoy sucede, y se verá cuánto se ha descendido: presencié hace pocos años una imposición de borla: la encontré muy parecida al acto de encasquetarse una gorra de viaje.

La capilla de Santa Bárbara presentaba un aspecto que de todo podía tener, menos de halagüeño para nadie: su ornamentación era de lo más extraño que se habría podido imaginar, habida atención á los actos que en ella debían celebrarse. En el fondo, en frente de la puerta, aparecía el altar, de sencilla y severa arquitectura, y en su centro la imagen de la Santa titular. Desde el mismo retablo sale á uno y otro lado, y elevada unos cinco pies sobre el pavimento, una sillera de coro, que se adelanta casi en media luna en toda la extensión de la capilla.

Allí se sentaban los doctores.

Al entrar el bachiller, para permanecer encerrado toda la noche y el siguiente día, se encontraba con la tétrica decoración de aquel recinto. En el altar lucían seis grandes velas verdes, alumbrando á un crucifijo: en el pavimento del hemicíclo se alzaba un túmulo, con su paño mortuorio negro y una cruz de terciopelo morado que descendía hasta el suelo.

Sobre el túmulo había cuatro velas verdes: al pie una mesa, y delante de ésta una silla: este era el puesto del graduando.

¿Era que se había querido demostrar al joven orgulloso ó henchido de vanidad por la ciencia, que la gran verdad de la vida es la muerte y que ésta es el término de la más brillante carrera? ¿Se pretendía que en la impresionable imaginación del joven se grabasen honda y simultáneamente las dos ideas, la de su entrada en el mundo y la de su salida para la eternidad? Indudablemente aquel símbolo era el más á propósito para demostrar y hacer que siempre se recordase la nada de la vida y de las glorias del mundo; mas preciso es convenir en que era también lo que menos podía contribuir á dulcificar las amarguras de aquellas veinticuatro horas, siempre angustiosas para el aspirante al grado.

Cuando éste entraba en la capilla, la campana mayor de la Catedral lo anunciaba á toda la ciudad, tocando con solemnes y acompasados golpes á oración; y era tal la idea, generalmente recibida, de las torturas morales que iba á experimentar el que entraba en Santa Bárbara, que todos los habitantes, y muy especialmente las mujeres, rezaban fervorosamente al oír la campana por el que entraba en capilla, como pudieran hacerlo por uno que hubiese de ser ajusticiado al siguiente día. ¡Bello y conmovedor espectáculo el de aquella campana llamando con la voz de la Religión á todo un pueblo á orar, para que Dios iluminase y fortaleciera á aquel joven, á fin de que su inteligencia llegara á ser gloria y ornamento de la humanidad!

Las tres de la tarde en invierno y las cuatro en verano era la hora en que el graduando había de hallarse en el claustro de la Catedral, esperando la llegada de los doctores encargados de señalar los puntos para lo que se llamaba la lección ó discurso, que sobre el tema elegido habría de componer en latín y término de veinticuatro horas. A las cuatro y cinco respectivamente se presentaban los cuatro catedráticos ó maestros más modernos de la Universidad acompañando al señor Cancelario Maestrescuela y seguidos del escribano de claustro, alguacil y dos bedeles.

Los Estatutos de la Universidad eran por demás rígidos y prolijamente minuciosos en lo concerniente al señalamiento de puntos. El libro, que había de llevar el escribano, se colocaba encima de la mesa y era atenta y cuidadosamente examinado por el Cancelario antes de proceder á dar los piques. No podía tener papel alguno, ni signo ostensible de haber sido abierto recientemente: ninguno de los doctores podía abrirle y mucho menos meter el dedo entre las hojas, de suerte que quedara la más leve abertura por donde el graduando comprendiese había de dar el pique. En este particular, como en todos, el Cancelario era más rígido que los Estatutos.

Llegado el momento, después de la espera reglamentaria de una hora por parte del candidato, como debido acatamiento á la superioridad del Cancelario y de los doctores, entraban éstos en la capilla, se hacía una corta oración y se procedía á la elección de punto ó tema.

El Cancelario y los doctores, sentados en la sillera superior, presenciaban el acto con severa gravedad: el estudiante tomaba el libro, colocándole de canto sobre el tapete negro de la mesa y sin levantarle: abría por un punto, y el epigrafe de aquel capítulo era uno de los temas. El escribano extendía por diligencia y con la mayor solemnidad de fórmulas todo lo ocurrido y copiaba literalmente el tema.

Repetíase la operación otras dos veces, y el escribano actuaba en la misma forma. Entonces elegía el graduando, y el escribano daba fe de la elección, entregando al estudiante copia autorizada de la proposición elegida. El Cancelario y los doctores se levantaban; pasaban por delante del graduando sin saludarle ni aun mirarle y sin contestar al reverente saludo que aquel tenía que hacerles, pues así se hallaba prescrito en los Estatutos; el escribano recogía el libro, saludaba al estudiante y salía de la capilla; algunos momentos después cerraba la puerta del claustro, entregaba la llave al más moderno de los cuatro doctores y seguía hasta dejar en su casa al Cancelario Maestrescuela.

La incomunicación del graduando era rigurosa: no podía salir sino por causa justificada de grave enfermedad que sobreviniese, en cuyo caso se abría la puerta del claustro y en seguida la del Hospital de la Universidad para recibir al enfermo: saliendo por otra causa, perdía el grado durante aquel año.

Por una singularidad de las muchas que se advertían en los Estatutos universitarios, el actuante, que había de estar rigurosamente incomunicado, podía tener en su compañía para asistirle, ya como amanuenses ó ya para cualquier otro servicio personal, hasta seis pajes, aun cuando fueran estudiantes, con tal que no lo fuesen de la Facultad del que se iba á graduar.

Prescindamos de la parte científica ó académica del examen que principia al toque de oración y termina á la una de la noche. Consignemos, sin embargo, un hecho notable en aquellos tiempos y que pudiera servir de ejemplo en los presentes; el de la libertad absoluta de discusión durante el ejercicio. Ni el que era examinado podía hacer observación alguna al doctor mientras hablaba, lo cual se consignaba en la frase reglamentaria de «no poder entrar por el argumento», ni el doctor tenía derecho á contradecir en lo más mínimo al examinado hasta que concluyese, y esto se expresaba con la frase de «no poder entrar por la contestación».



TARDE DE PRIMAVERA.—Composición y dibujo de Riudavets.

El Cancelario presidente mantenía con inexorable rigor á uno y otro en su omnimoda libertad de palabra.

Tratemos de una singularidad de aquellos tiempos y aquellas cosas; de la cena que, según prescripción de los Estatutos universitarios, tenía que dar el examinado, al mediar el ejercicio, á sus jueces los catedráticos y maestros: episodio al parecer no muy en consonancia con los ideales de la ciencia y transacción nada poética entre el espíritu y la materia.

Poseo una descripción de los ejercicios y la cena en grado de persona rica: hay que perdonar al autor ciertos atrevimientos en gracia de la exactitud y viveza de colorido en la narración.

Copio literalmente:

«A la mitad de la galería izquierda del claustro, un gran tapiz impide á los ojos dirigir curiosas miradas sobre lo que hay detrás. Desde la capilla muzárabe hasta el tapiz y por delante de la de Santa Bárbara, pasean con paso lento y cuidadosamente silencioso dos bedeles, con sus largas varas, arrastrando sus manteos y luciendo blancas y bien almidonadas golas.

»El escribano de claustro se halla reposadamente sentado en un gran sillón de vaqueta y parece prestar alternativamente atención á lo que se dice en la capilla y se oye, aunque la puerta está cerrada, y á lo que á media voz se conversa al otro lado del tapiz. Conócese que le llama y atrae lo que hay detrás de éste, porque al fin, como vencido de mayor curiosidad, se levanta y entra en el medio claustro que constituye aquella separación.

»El espectáculo es más agradable y llamativo que el de la capilla, en aquellos momentos cubierta con el negro velo de la vestimenta de los doctores. Aparece aquella media galería cubierta de ricos tapices y en el centro una larga mesa, sobre cuyo blanco mantel brilla con profusión la plata de los cubiertos, de grandes y bruñidas tazas, de enormes bandejas, de candelabros y platillos para las botellas, copas y saleros.

»El servicio, para diez y ocho personas, es de blanca y finísima porcelana: cada uno se compone de cuatro platos sobrepuestos, la servilleta, cuatro cubiertos, un trinchante, un gran cuchillo de trinchar, otro más pequeño, un vaso, dos copas y un salero. Enfrente de cada servicio hay una caja circular de madera y un enorme tazón de porcelana, cubierto con su tapa: la primera contiene dulce; el segundo, manjar blanco: dos botellas de vino, una de agua, un pan al lado del servicio y cuatro grandes candelabros sobre círculos de grana bordados de oro, completan el adorno y batería de la mesa, á cuyo rededor se ostentan, graves y majestuosos, diez y ocho sillones de roble, primorosamente labrados, de verdadera filigrana, con asientos y respaldos de terciopelo carmesí.

»En el ángulo del claustro, extremo de aquella sala provisional, hay otras dos mesas, pequeños veladores, con análogo, aunque más modesto servicio: la una es para el escribano, y la otra para el alguacil y los bedeles.

»Los seis estudiantes que, en virtud del permiso concedido por los Estatutos, han entrado para servir al graduando y á los doctores, conversan en voz baja para que el rumor de sus palabras no llegue hasta la capilla, y aplican á veces el oído para escuchar los silogismos de los argumentantes.»

(Refiere algunas particularidades del ejercicio en la capilla de Santa Bárbara, y continúa):

«Á este tiempo sonaron dos suaves golpes en la puerta de la capilla, que en seguida se abrió, dando paso á uno de los bedeles. Saludó severamente al claustro de doctores, y dirigiéndose al más joven, que era el encargado de la llave, le dijo en voz baja que los sirvientes del graduando, encargados de la cena, habían llamado á la puerta del claustro y urgía que entrasen, pues en otro caso toda la Catedral vieja olería y no á incienso. El Doctor salió con el bedel, saludando previamente al Cancelario y entornando la puerta de la capilla.

»El graduando proseguía en su contestación, cuando de pronto se advirtió un movimiento general en los doctores, ninguno de los cuales pudo conservar su actitud grave y reposada que se creía indispensable en aquel acto, uno de los más serios para quien deseara representar bien su papel de doctor. Había penetrado en la capilla una ráfaga que trastornaba todos los cerebros, impregnando aquella atmósfera de los principios y sustancias más letales para la ciencia. Un olor fuerte, subido, estimulante, de aves asadas había venido á interponerse entre los argumentos en pro y en contra....

»Todos aspiraron con fuerza, y no hubo nariz que no se abriese para absorber aquel aroma: comenzó la inquietud, y todas las miradas se fijaron atentamente en el Cancelario, presidente del acto, y en el Catedrático, que podía prolongarle si, usando de su derecho, entraba en otro argumento. Los doctores que estaban á su lado le codeaban y tiraban del manteo para que no prosiguiera al concluir su contestación el graduando; mas no era del todo necesario: á pesar de sus arrobamientos jurídicos, el Catedrático de Digesto viejo, entonces argumentante, había dado su correspondiente sorbo de olor, y en aquel momento creyó que valía más una pechuga de capón asado que todas las novelas de Justiniano y los sabios conceptos de los jurisconsultos de Roma. Lo cual prueba cuán fácilmente cambian las ideas y cuán avasallado está el espíritu por la materia.

»No se hizo mucho de rogar por el codeo y tirones de los doctores sus adláteres, y tan pronto como el examinado concluyó su respuesta al argumento, dijo, en extremo complacido: *Sufficit: amplius non arguam: optime dixisti.*

»El Cancelario declaró suspendido el acto, y precediendo á los doctores, se dirigió á la sala que formaban los tapices, donde todos ocuparon sus asientos por orden riguroso de antigüedad. Los seis estudiantes, encargados del servicio de la mesa, fueron descubriendo las redondas cajas de dulce ante cada uno de los doctores.

»El rígido Cancelario se creyó en el caso de mandar que se suspendiese hasta la más insignificante probatura, pues dijo ser aquel principio de cena contrario á lo dispuesto en los Estatutos, según los cuales había de comenzar con una fruta y concluir con otra; á cuya observación repuso el teólogo Peral, uno de los sirvientes, que era muy cierto que los Estatutos prescribían lo dicho por el muy respetable y respetado señor Cancelario, pero que era no menos evidente que no habiendo en primavera fruta alguna, ni aun siquiera ciruelas de las llamadas sanjuanejas, habían de interpretarse los Estatutos en el único sentido de posible aplicación

á los grados que se celebrasen cuando menos antes de San Pedro; esto es, que la fruta fuese y se entendiera ser en conserva, y que no había de entenderse por tal fruta unas áridas nueces secas ó unas castañas pilongas, ni aun siquiera pasas, higos ni orejones, todo lo cual era una adulteración de la verdadera fruta: que lo que el señor Cancelario imaginaba ser dulce era un agrio, pues se componía de limón y otros ácidos altamente aperitivos, compuesto *ad hoc* por las monjas ursulinas, que tenían unas manos como unos ángeles para semejantes adobos y confituras.

»Todos los doctores fueron de parecer de que el buen teólogo había interpretado rectamente los Estatutos y procedido como hombre de conciencia.

»Signió el manjar blanco, al cual también opuso el Cancelario el reparo de que no era el manjar blanco de que hablaban los Estatutos; mas el teólogo Peral salió al encuentro diciendo que acataba profundamente la opinión del señor Presidente; pero que si era porque veía predominar las pichugas de gallina entre el azúcar, la leche y la harina de arroz, el señor Cancelario sabía muy bien que aquel era el manjar blanco, llamado también manjar real; que éste y no otro debía de ser el mencionado en los Estatutos, por corresponder á la augusta majestad del claustro, y no el manjar blanco vulgar, compuesto de leche, almendras, azúcar y harina de arroz, pues sobre ser notoriamente un plato de postre, su misma diferencia esencial del otro manjar apellidado real, le excluía del número de los manjares á que se referían los Estatutos.

»Los doctores se dieron por convencidos; condescendió, aunque no de buen grado, el Cancelario, y todos emprendieron cada cual con su taza, estableciéndose el movimiento general de cucharas, sin grande escrúpulo acerca de la mayor ó menor procedencia de aquella interpretación.

»Terminó el segundo acto de la cena y se preparaba el tercero: despejada la mesa de las cajas y tazas, cada estudiante se presentó con una ave asada, de tamaño descomunal, sobre una grande y blanquísima fuente de porcelana.

»Aquí fué donde y cuando el Cancelario, á pesar de su inusitada benevolencia, no pudo en manera alguna transigir ni consentir. Diez y ocho eran los comensales, y la mesa apareció casi instantáneamente con diez y ocho pavos, admirablemente asados, rojos, calientes, lustrosos, con una fragancia capaz de resucitar á diez y ocho muertos.

»El Cancelario dijo resueltamente que no podía autorizar semejante cena, pues se presentaba una ave expresa, categórica, literal y nominativamente excluida por los Estatutos; y que para que se viese cuán cierta era su afirmación, se trajera el libro forrado en pergamino, que se hallaba detrás de su asiento en la capilla, pues le había llevado para resolver cualquier duda ó dificultad que acerca del grado ó sus incidencias se pudiera suscitar.

»Los Doctores sintieron en lo íntimo del alma aquel contratiempo: los Estatutos podrían estar muy claros en su espíritu y letra, pero los pavos estaban allí más claros, y tan bien asados y provocativos, como bien pensados y expresivos pudieran estar los títulos del Código universitario. Era un suplicio para los ojos: hasta el Catedrático de Digesto

viejo mostraba su disgusto por aquella tan rígida observancia de la ley escrita, y revolvió en su mente y memoria para encontrar algún texto de interpretación evasiva de lo que el Cancelario había dicho estar perfectamente definido en las ya abominadas constituciones de la Universidad. Uno de los doctores se atrevió á insinuar, aunque en voz muy baja, que tal vez fuera conveniente llevar los Estatutos al horno en que habían sido asados los pavos, y cuando estuviesen tan bien asados, rojos y atractivos como éstos, se podría discutir mejor sobre el asunto, sin perjuicio de seguir adelante en la ejecución de los pavos, hasta hacer trance y remate con arreglo á las leyes, aunque fuese preciso prestar la fianza de la de Toledo por ante el escribano que allí se hallaba presente y serviría para el caso.

»Por su parte, el bachiller en Medicina Juan de los Llanos, que era de los sirvientes, indicó respetuosamente que los que habían tenido la muy alta honra de concurrir á los preparativos de la cena, eran personas concedoras de los Estatutos y temerosas de Dios; razones por las cuales debía suponerse que no habrían querido quebrantar en lo más mínimo las prescripciones universitarias y mucho menos defraudar las esperanzas de los señores doctores, presentándoles una vianda que no les fuere lícito aceptar, pues en tal caso habría sido una reproducción del convite de la cigüeña; que ya vería el señor Cancelario Maestrescuela que no se habían quebrantado en su espíritu ni en su letra los Estatutos al ofrecer á los muy respetables señores catedráticos y maestros aquella cena, por más que las apariencias estuviesen en contrario.

»Al llegar á este punto el bachiller, se presentó el bedel con el libro apergaminado de los Estatutos: el Cancelario se caló sus anteojos, abrió el libro en medio del más profundo silencio y ávida atención de los doctores, y después de haber ojeado algunas páginas, leyó con toda solemnidad:

»Título XXXII.—De los grados de licenciamiento y doctoramiento.

«Párrafo 31.—El que se oviere de examinar, sea obligado á dar á cada uno de los examinadores, doctores ó maestros que presentes fuesen de su facultad, dos doblas de «cabeza ó castellanos y una hacha y una caja de diasiton y «una libra de confites y tres pares de gallinas. Y porque «el tiempo es largo del examen, sea obligado á dar una «cena, con tanto que no sea obligado á dar más de una ave, «con que no sea pavo ni gallina de las Indias, y una escudilla «de manjar blanco y una fruta antes y otra después y su «vino y pan.....»

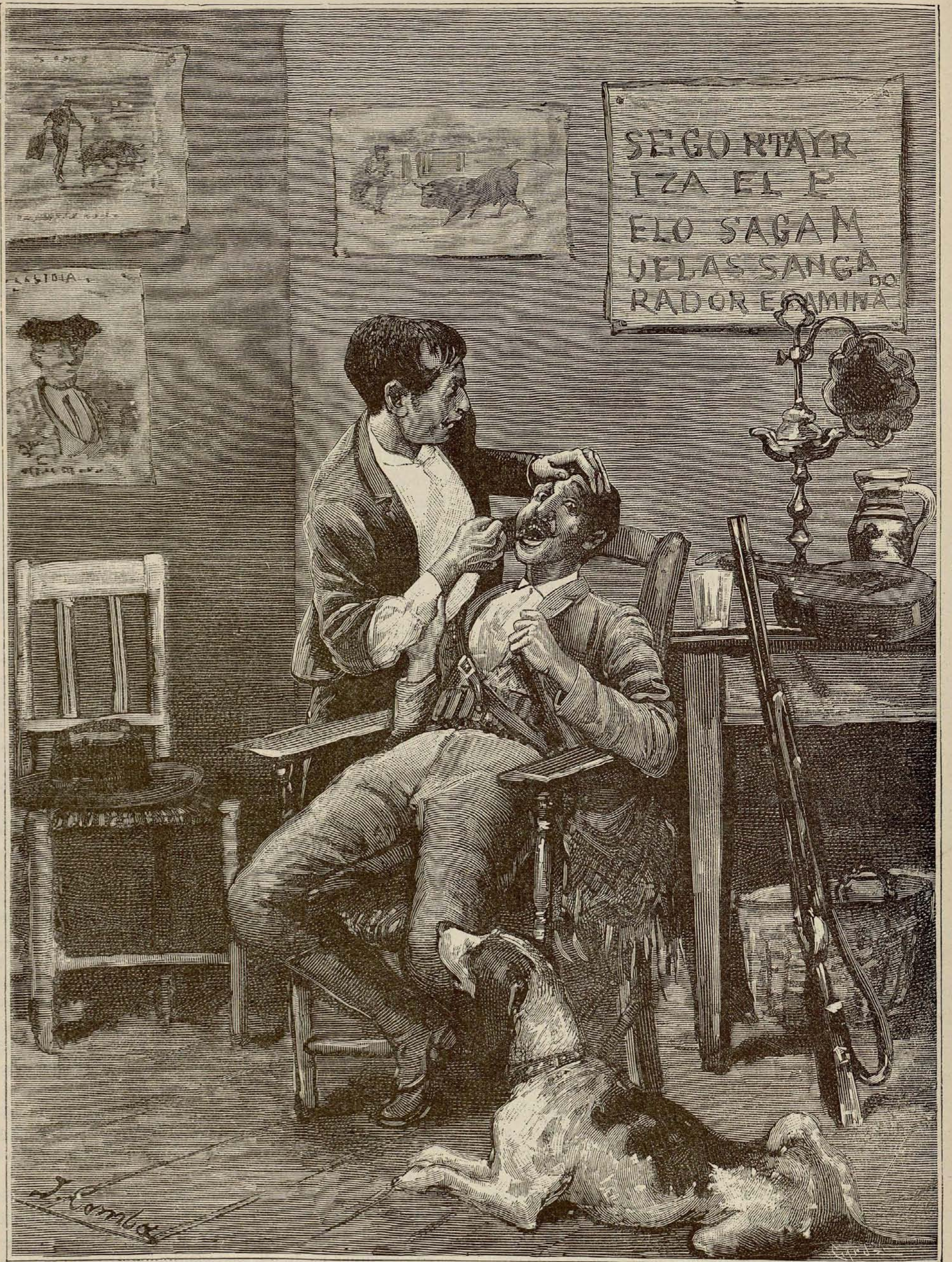
»Los doctores quedaron mohinos; el Cancelario prosiguió:

»Ahora, señores, viene la sanción penal; dice más adelante:

«Y si lo contrario se hiciere, al que lo diere no le sea «dada la carta por un año y además pague diez ducados y «el Maestrescuela y Doctores que lo recibieren pierdan los «dineros de aquel grado.....»

»Véase si puedo autorizar una tan manifiesta transgresión de los Estatutos é imponer al graduando y á los Doctores la pena que en el mismo párrafo se establece.

»El bachiller Peral, de sagrada teología, pidió la venia para hacer algunas observaciones sobre el caso; concedida por el Cancelario, dijo:



EL PRIMER CLIENTE.—Composición y dibujo de Comba.

—»El muy respetable señor Cancelario será servido de observar, que cuando se escribieron los antiguos sabios Estatutos de la Universidad, eran muy escasos los pavos y no menos las gallinas de Indias en esta tierra; por cuya razón y motivo, sin duda, para la más fácil y rápida propagación de tan útiles especies, se excluyó á sus individuos de las mesas del claustro de esta Catedral; mas ahora, multiplicados los pavos más que los gorriones en el campo de Salamanca, aunque no tanto las gallinas de las Indias, pudieran muy bien haber creído los encargados de la cena que, no existiendo aquella razón, no existiría en vigor la disposición de derecho, que fué su consecuencia; por la sabida regla de interpretación: *ubi eadem est ratio, ibi eadem debet esse legis dispositio*....

—»Y la de *sublata causa, tollitur effectus* —añadió el catedrático de Digesto viejo.

—»Mas prescindiendo de esta muy atendible consideración —continuó con la mayor gravedad el socarrón bachiller— hay otra que convencerá al muy ilustre señor Cancelario de que las aves presentadas no se hallan comprendidas en la prohibición de los Estatutos. Dicen ó prescriben éstos, que en la cena se dé una ave, *con que no sea pavo*; pues bien, entre las aves presentadas no hay un solo pavo: todas son *pavas*....

»Los doctores rompieron en una estrepitosa carcajada; Peral continuó:

—»Nos hallamos, pues, dentro de los Estatutos, porque la pava es una ave y no es pavo; ni más ni menos que nos halláramos si se hubieran presentado, como se había querido presentar, gallos de Indias, que tampoco son gallinas, único individuo que, en unión del pavo, excluyen los Estatutos; no creo que proceda una interpretación estrecha y rígida, como sería la de comprender á las pavas en la palabra pavo, porque sería odioso; y para interpretar *odiosa sunt restringenda*....

—»Y *favorabilia amplianda*—añadió el catedrático de Digesto, que no había apartado sus ojos de la pava que tenía delante.

—»Sí, sí—exclamaron todos los doctores, y cada cual enderezó resueltamente el trinchante á su ave respectiva.

»El Cancelario extendió rápidamente sus manos hacia adelante, y dijo profundamente alarmado:

—»*Sistite!* Aun admitiendo como procedente esa interpretación, todavía creo que hay aquí una infracción muy violenta de los Estatutos. El párrafo que he leído dice textualmente: «con tanto que no sea obligado á dar más de una ave....» pues bien, aquí hay diez y ocho aves....

—»Creo, señor Cancelario—dijo Peral—que el párrafo de los Estatutos se entiende y sobreentiende que habla de una ave para cada uno de los señores doctores, y entre otras consideraciones, expondré en apoyo de mi opinión una muy sencilla: el párrafo dice también que se dé «una *escudilla* de manjar blanco»; y es evidente que no pudo ser el propósito de los sabios autores de los Estatutos, que se presentara sólo una escudilla para diez y ocho, veinticinco ó treinta señores, á menos de dar á la palabra tal latitud ó tales dimensiones á la escudilla, que viniera á ser otra muy distinta vasija. Opino, pues... »

—»Sí, sí—dijeron los doctores.—*Sufficit*....

»Y sin más escrúpulos arremetieron con las pavas, trin-

chante y cuchillo en mano, sin que ante una tan impetuosa decisión ocurriese al Cancelario otra dificultad, que oponer una de las prescripciones de los Estatutos.

»El movimiento de brazos y cuchillos era prodigioso, y en pocos segundos cayeron los alones á derecha é izquierda, apareciendo las blancas pechugas de las diez y ocho pavas. Cada cual se sirvió su no módica ración, y todos comenzaron á saborearla, haciendo grandes elogios de los encargados de la cena, y de la oportuna y perfectamente arreglada interpretación que habían dado á las Constituciones universitarias.

»Los seis estudiantes llenaron las primeras copas de punzante vino de Rueda, y la mayoría de los doctores las desocuparon en seguida de la manera más natural del mundo. Repetíanse los tajos á las pechugas y los viajes á las copas; sobre todo el catedrático de Digesto viejo menudeaba los latines, y cada latín valía un sorbito de Rueda.

»Al concluir la faena, que duró tanto como el más largo argumento de los que se habían opuesto á la proposición, los semblantes estaban muy animados; mas no se advertía en los ojos ninguna alegría perturbadora ó trascendental; hasta el mismo Cancelario había perdido su habitual serenidad, y no le asaltaba el más leve escrúpulo acerca de la inteligencia de los Estatutos.

»Los escolares pajes retiraron las fuentes con los abundantes restos de las aves, y presentaron la segunda fruta: eran exquisitas cajas de pera en dulce, y daba la casualidad de que casi todos los doctores eran golosos. Fué preciso que el bachiller Juan de los Llanos repitiese la protesta hecha al presentar la primera fruta, para ocurrir á los inconvenientes que pudiera oponer el señor Cancelario; lo hizo con la verbosidad y erudición más á propósito para acrecentar el buen humor de los doctores.

»Las botellas de vino de Rueda habían desaparecido, y en su lugar colocaron los sirvientes otras de Jerez, capaces de producir los más desastrosos efectos en todos los comensales. El catedrático de Digesto y el de Volumen lo comprendieron; mas les importaba ya muy poco, pues habían concluido sus argumentos y no temían que se les confundieran las especies.

»El Cancelario suscitó nuevas dudas acerca de si procedía ó no servir dos clases de vino, porque los Estatutos sólo hablaban de vino y de pan. El teólogo Peral, que en aquella noche se acreditó como intérprete de leyes, aunque no las había estudiado, resolvió la dificultad, diciendo que los Estatutos hablaban de dos frutas, de manjar blanco y de una ave, y que después añadían «y su vino y pan», con lo cual habían querido significar que para cada cosa debía haber *su vino*, ó el vino que les correspondiera; para lo asado, el seco, y para lo dulce, el dulce; que el de Rueda estaba indicado para la carne de pluma, ni más ni menos que el Jerez venía sobre toda golosina, como la bendición de Dios sobre los buenos.

»Fué el último escrúpulo del Cancelario desvanecido por el teólogo Peral; los demás, si algunos le asaltaron, se desvanecieron por sí mismos.

»La animación que se advertía en todos los doctores, el brillo de sus ojos, la abundancia de citas en latín, no muy pertinentes al asunto de que se trataba en el grado, y la frecuencia con que los sirvientes llenaban las copas vacías tan

pronto como llenas, obligaron al Cancelario á poner término á la sobremesa para evitar algún grave inconveniente en el ejercicio.

»Santiguóse con gravedad; se santiguaron los doctores; rezó la oración de costumbre en acción de gracias, y se levantó dirigiéndose á la capilla, seguido de todos los examinadores.

»Los escolares que habían servido se sentaron á la mesa, y el alguacil les presentó los restos de dos pavas, ó por mejor decir, dos pavas ligeramente mutiladas: tenían más apetito que los doctores, porque las dos aves fueron devoradas en menos tiempo que el que se había invertido en pelarlas.

—»Poco á poco con el vino!—dijo Juan de los Llanos.—Una copa de lo de Rueda y otra de Jerez y *satis*: no es cosa de que se pierda el tino y el camino: tenemos que acompañar á los catedráticos y maestros.....

»¿Qué silogismos harán en estos momentos!—decía Peral.

—»Yo—exclamó uno de los escolares—no me inquieto por los argumentos: lo que me causa cierta inquietud..... He visto que algunos doctores han trincado de lo lindo.....; este vino de Jerez conduce á unos extravíos..... Digo que lo principal, lo que yo temo es que al tiempo de votar se equivoquen, y salga la urna de las A A con diez ó doce R R.

—»No puede ser—le interrumpió Peral—todo está previsto: ya sabéis que en la capilla las urnas están detrás de la cortina, que para el mayor secreto é independencia en la votación entran uno á uno los doctores por la derecha y salen por la izquierda, y que no puede entrar ninguno sin que haya salido por el lado opuesto el que le ha precedido; pues bien, la cortina es negra y no hay otra luz que la de las hachas de la parte de afuera: es muy opaca; esto pudiera ser caso de compromiso y muy fácil una equivocación de urnas; pero teniendo en cuenta lo que probablemente sucedería, he hecho forrar la urna de las A. A. con papel blanco, diciendo que se ha hecho para que se distinga en aquella obscuridad, dejando la de las R. R. con su primitivo color obscuro de roble viejo. ¿Habéis caído en la cuenta de lo

que esto significa? Los doctores entran medio encandilados, se encuentran con aquella relativa obscuridad, llama su atención la urna blanca, y allá va la tablilla de la A. Para ello ya está en autos el buen Nostradamus..... ¿No es verdad, querido Nostradamus?

»El viejo bedel Nostradamus contestó con una bondadosa sonrisa, mientras saboreaba un alón del ave que se le había servido.

—»Digo—continuó Peral—que el buen Nostradamus, con esa sonrisa, que tiene atractivos hasta en sus mayores desórdenes.....

»Los estudiantes reían, poniéndose en la boca la servilleta para no soltar la carcajada é interrumpir á los doctores de la capilla.

—»Digo que Nostradamus les pondrá, al repartir las tablillas para la votación, la de la A en la mano derecha y la de la R en la izquierda; y como el que está inspirado por el Jerez apenas puede hacer uso de la mano izquierda y cree que aquélla no es su mano, sino la mano del que viene detrás.....

»Los comensales continuaban riendo.

—»No es decir—prosiguió á media voz—que yo crea que los doctores vengán tan caídos del ala izquierda, sino que tengo por seguro que depositarán en la urna blanca la A, y dejarán caer la R, hasta la orejera del zapato.»

Y basta de diálogo, poco respetuoso, de los escolares.

Al salir de la capilla los doctores, después de la votación, no saludaban ni aun miraban al graduando, que había de estar á la puerta, como mendigo en la de una Iglesia, haciendo profunda reverencia á los maestros.

Lo disponían así los Estatutos. Sin embargo, cuatro días después podía ser doctor y habría de recibir el abrazo de los que, siendo ya licenciado, le trataban con aquel altivo desdén, obedeciendo lo prescrito en la ley universitaria, según la cual, cuando se le impusiera la borla, sería tratado con la grandeza y homenajes de un rey.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.



PARÍS.—CONCURSO DE BOMBEROS.

METEMPSICOSIS

Lluvia de excelso fuego derramando,
Gira la nebulosa; mil estrellas
De su vívido foco se desprenden:
Blancas, áureas, azules, todas bellas;
Y sus gases fecundos
La vida llevan á infinitos mundos.

Un átomo impalpable va flotando
En la atmósfera pura de un planeta,
Que de espléndido sol divina lumbre
Baña en efluvio blando.
Sobre campos hermosos que engalanan
Espesos bosques, mágicos verjeles,
Plácidos lagos, cristalinos ríos,
Cruza el átomo, y llega á la ribera
De inmenso mar, cuyas cerúleas ondas
El aligero viento
Extiende y dobla en calma placentera.
El átomo desciende
Y penetra en las aguas; hasta el fondo
Baja, y encuentra nacarada concha
Que en su seno castísimo le prende.

Queda el átomo en perla convertido:
En perla brillante,
Que en el fondo del mar oculta mora.
Tras largo tiempo de reposo inerte
El manso movimiento de las aguas
La concha lleva á la menuda arena,
Que forma el suelo de tendida orilla,
Do contempla la líquida llanura
Una mujer de célica hermosura.
Fija la hermosa su vivaz mirada
En la concha, se baja á recogerla,
La abre, y se siente en gozo enajenada
Al descubrir la encantadora perla.
Cerca del mar elévase un palacio
De blanco mármol y dorado techo,
Que floresta bellísima circunda.
Allí penetra con ligera planta
La hermosa; lleva en el cabello blando
La perla: alegre, esplendorosa fiesta
Celebra hermosa juventud, y canta,
Y danza en el palacio y la floresta.
Galán mancebo, cuyo ardiente pecho
De amor palpita, con deleite ofrece
Rico y dorado cáliz á la hermosa;

Espumante licor en él rebosa.
Ella á sus labios purpurinos lleva
La áurea copa, y después la blanca mano
Llévase á la cabeza peregrina.
Echa la perla en el preciado cáliz;
Vuelve á mojar sus labios, y la copa
Deja en marmórea mesa; ciñe el brazo
Al del galán mancebo, y á la danza
La pareja amantísima se lanza.

La perla se disuelve
En el líquido; el aire vagoroso
En raudo giro y caprichoso vuelo
Recoge la sustancia misteriosa
Que la perla formó, y en la floresta
La deposita sobre el fértil suelo,
Do se convierte la sutil sustancia
En flor de dulce y sin igual fragancia.

Abre la flor sus perfumadas hojas,
Y embalsama el ambiente; la acarician
La luz del cielo, el canto de las aves,
La sombra de los árboles, el beso
Del céfiro fugaz, el manso ruido
Y la fresca de cercana fuente,
Que sumergen su espíritu inconsciente
En íntimo embeleso.

Vive la flor un día,
Embriagada de luz y de armonía.
Llega la noche: la floresta envuelve
Profunda oscuridad: la flor despide
Ya por última vez el dulce aroma;
Con él exhala su vital esencia,
Y el céfiro su espíritu conduce
A nido oculto de torcaz paloma.

Allí en la copa de frondoso tilo,
Bajo las alas de la tierna madre,
En ave se transforma: nace y crece,
Tibio calor sintiendo, protegida
De red temible y de espantosa bala
Por el materno amor, hasta que llega
Por ley del hado el venturoso instante
De alzar el vuelo y palpitar amante.
La paloma inocente
Surca el aire, se eleva en el espacio;
Valles y montes á sus pies divisa:
Inefable placer su pecho siente.

En un bosque de rosas y de mirtos
 Oye sonoro arrullo; el vuelo abate;
 En la margen de arroyo transparente
 Halla al amante que la espera, y ambos
 Se miran dulcemente,
 Y entre mirtos y rosas
 Se prodigan caricias deleitosas.
 El ave enamorada
 Vive feliz en el florido bosque;
 Y después de existencia dilatada,
 Junto al arroyo, entre la hierba verde,
 En espasmo de amor la vida pierde.

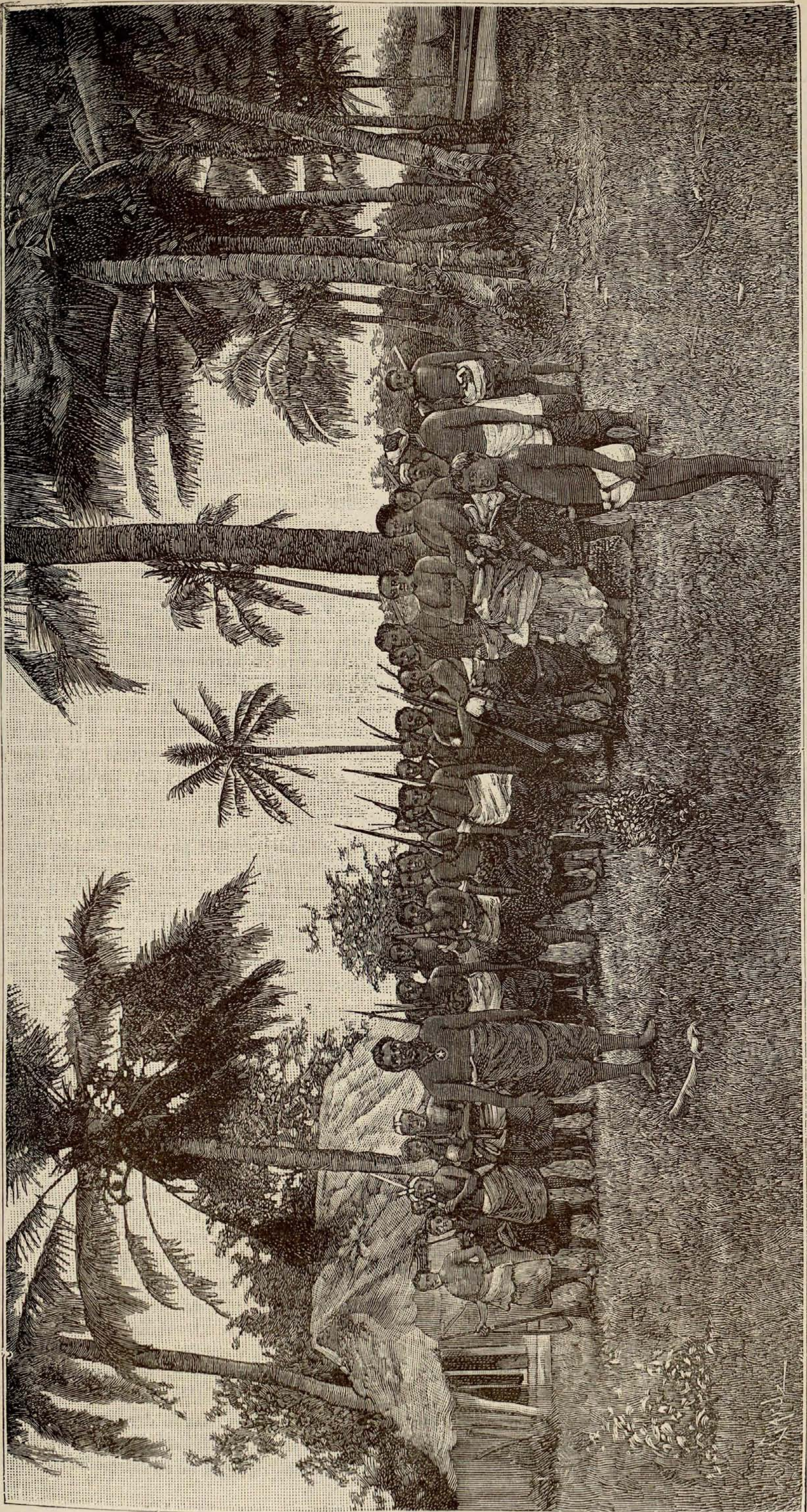
El alma sensitiva
 Vuela, y se encarna en el nevado seno
 De bella niña, que al nacer la aurora
 Entra en la vida, y blandamente llora.
 Presagio es el vagido,
 Presagio lastimoso de pesares
 Que al sér recién nacido
 Aguardan en el mundo; mas sucede
 La primera sonrisa al primer llanto,
 Cual simbolo de célica esperanza,
 Que acompaña al mortal desde la cuna
 Hasta el sepulcro, en misterioso encanto.
 En mansión elegante, que semeja
 Griego templo á las Gracias erigido
 Y en jardín pintoresco se levanta,
 Su tierna edad entre inocentes goces
 Pasa la niña. La transforma el tiempo
 En bellísima joven. Hechicera
 Es su hermosura; dulce, deliciosa
 La expresión de su rostro: pareciera
 Huri en la Arabia, en el Olimpo diosa.
 Su espíritu sensible
 Ama el bien, la virtud; culto ferviente
 Rinde al Supremo Sér; contempla el mundo
 Cual mágico y brillante panorama,
 Do la mano de Dios omnipotente
 Ricos tesoros de placer derrama.
 Una tarde, vagando en la ribera

De manso río, cerca de la orilla
 Ve una barca ligera.
 Van dos amantes en la barca, solos,
 Olvidados del mundo: se dirigen
 Tiernas sonrisas y palabras dulces.
 La luz crepuscular á aquel paisaje
 Da fantásticas tintas: se desliza
 La barca sobre el agua, y en el río
 Alejándose va: fijos los ojos
 Tiene la hermosa joven en la barca;
 La pierde al fin de vista, y suspirando
 Doblega la cabeza. Aquel instante
 Decidió de su vida. El alma siente
 Llena de amor inextinguible, ardiente.
 Pasan los días, y la joven bella
 Lleva presente siempre en la memoria
 El recuerdo de aquel desconocido
 Que vió en la barca, del feliz amante
 De otra mujer, y aunque olvidar le ansia,
 Ni un momento su imagen da al olvido.
 Infinita tristeza
 Siente: pierde la flor de su belleza,
 Y al fin muere. Su espíritu sublime
 Ascende entonces á una estrella, y oye
 Himnos de paz celeste; se transforma
 En ángel de flotante vestidura
 Y alas inmaculadas; le sonrien
 Sus hermanos los ángeles: mil rayos
 Le inundan de luz viva, y su alma enciende
 El santo fuego del amor divino.
 ¡Oh glorioso destino!
 El átomo de cósmica materia
 Convierte Dios en perla primorosa,
 En perfumada flor, en ave mansa,
 En hermosa mujer, en ángel puro,
 Que de su metempsicosis descansa
 En inmortal seguro.

JOAQUÍN DE FUENTES BUSILLO.

Puerto-Príncipe, Junio de 1888.





INDÍGENAS DE LAS ISLAS DE SAMOA.